

la cual se les ocurre incendiar el monasterio de Fulda en donde reposaba desde hacía venticuatro años el cuerpo de San Bonifacio. El ejército franco les sigue y les extermina á orillas del Eder. En la primavera de 779, Carlos penetra en el corazón de Sajonia; en 780, los francos avanzan hasta el Elba y los ostfalios orientales y una parte de los nordalbingios reciben el bautismo; el año 781 transcurre completamente tranquilo, y por muerte de Sturm, Willehad recibe el encargo, «en virtud de la autoridad real, de edificar iglesias y de anunciar libremente á todos los pueblos que habitan la Wigmodia (entre el bajo Weser y el Elba) la doctrina que habrá de conducirles por la vía de la salvación eterna.»

En el mes de julio de 782, Carlos, celebró en las fuentes del Lippe su asamblea á la que acudieron en gran número los sajones. Motivos tenía entonces para creer que la guerra estaba terminada, mas no tardó en desengañarse; en efecto, á su regreso



Denario de plata de Carlomagno, rey de los lombardos.

á la Galia, supo que los eslavos sorianos habían invadido las partes vecinas de la Sajonia y de la Thuringia, en vista de lo cual ordenó al camarero Adalgiso, al condestable Gilón y al conde palatino Worado que reclutaran tropas entre los francos del Este y los sajones para ir á castigar á los eslavos. Pero la Sajonia hallábase nuevamente perturbada y la Wigmodia estaba en plena insurrección; Willehad había huido á Roma «por parecerle mal escogida la época para predicaciones.» El ejército franco se dirigió al Weser, en cuya orilla derecha habían establecido los sajones su campamento, en la vertiente Norte del monte Suintal; pero su acometida se estrelló ante el frente de batalla del enemigo, pereciendo en aquel desastre Adalgiso, Gilón, cuatro condes, otros veinte nobles y gran número de francos.

Carlomagno, al recibir estas noticias, encamínase al sitio en donde confluyen el Aller y el Weser, y una vez allí convoca á los caudillos de los sajones y les pregunta quiénes son los autores de la defección. Todos declaran que es Widukindo, á quien no pueden entregar porque se ha refugiado ya en el país de los daneses, pero designan á sus cómplices en número de 4.500. «Y en el lugar llamado Verden, á todos se les cortó la cabeza en un mismo día, por orden del rey, el cual, satisfecha su venganza, estableció sus cuarteles de invierno en Thionville, en donde celebró la Natividad del Señor y las Pascuas.»

Después de esta atroz ejecución (782), promulgóse seguramente la terrible capitular de Sajonia (*Capitulatio de partibus Saxonie*) que establecía una especie de estado de sitio, castigando con pena de muerte á los que faltan á la fidelidad al rey, á los que penetran violentamente en una iglesia, la incendian ó roban en ella; á los que matan á un obispo, á un presbítero ó á un diácono, ó siguen practicando los ritos del paganismo, y á los que se niegan á recibir el bautismo ó no observan el ayuno. Disponía asimismo que todos los niños fuesen bautizados en el plazo de un año bajo pena de 120 sueldos de multa los nobles y 15 los lides, y se prohibía á los sajones reunirse sin previa convocación de los funcionarios reales.

Pero más fuerte que todas las amenazas de esta capitular fué el efecto de la jornada de Suintal. Widukindo tenía partidarios en todos los pueblos y aun consiguió apartar á la Frisia «del camino de Dios.» El apóstol de esta región, Liudger, partió con sus compañeros hacia Roma, siguiendo el ejemplo de Willehad. La Germania del Norte no podía ser sometida mientras Widukindo estuviera en libertad; por esto el rey durante tres años consecutivos (783-785) entra en campaña «así que empieza á brotar la hierba,» llevando en pos de sí, por todos los caminos, partidas de prisioneros. Carlomagno comenzó con dos victorias, la de Detmold y la del Haase, únicas batallas campales que su biógrafo menciona; pero lo que hizo principalmente fué devastar las comarcas por donde pasaba. En 784, Carlos, su primogénito, opera en territorio westfalo y él en la llanura bañada por el Elba y el Saale; y uno y otro, después de haber assolado las tierras y destruido las aldeas, se reúnen en el mes de septiembre en Worms. Antes de Navidad, vuelven á estar en Sajonia; Carlomagno se instala en Ehresburgo, en donde se le junta su esposa, sus hijos y sus hijas, y «corriendo en todas direcciones, en todas partes asesina é incendia, saquea y toma castillos.» Al llegar la primavera, convoca á su asamblea en Paderborn, recibe sus contingentes de Aquitania y reanuda su caza de sajones.

El ejército había llegado al país situado entre la desembocadura del Elba y la del Weser, cuando Carlomagno, al tener noticia de que Widukindo se hallaba al otro lado de este último río, le hizo pedir que se sometiera, prometiéndole olvidar lo pasado. El caudillo rebelde, comprendiendo sin duda la inutilidad de la resistencia, se rindió á fines del año 785 en Atigny, en donde recibió el bautismo, siendo apadrinado por Carlos, que le colmó de ricos presentes. Ignórase qué fué desde entonces de Widukindo, de quien no hablan ya más los historiadores; únicamente una vida de santo encomia la fidelidad que sus hijos y sus nietos guardaron al cristianismo.

La noticia de la sumisión de Widukindo fué acogida con júbilo por toda la cristiandad. «El autor de todo el mal, el instigador de tantas perfidias, habíase sometido al rey y había recibido la gracia del bautismo.» Carlos envió un mensajero al papa para notificarle la conversión de todos los sajones, y Adriano ordenó que por espacio de tres días se hicieran preces en celebración de tan fausto acontecimiento. Liudger volvió á ocupar su puesto en Frisia y en la Sajonia occidental, y á Willehad se le confió la misión de evangelizar la Wigmodia, de la que fué nombrado obispo, habiendo establecido su sede en Brema, en donde murió en 8 de noviembre de 789. De este modo se acentuaba cada vez más la unión de las armas francas y de la predicación cristiana.

Durante siete años, desde 785 á 792, reinó la tranquilidad en Sajonia, enviando los sajones sus contingentes á los ejércitos y asistiendo á las asambleas. Es de notar que en este período se realizó también la sumisión de Baviera á Carlos; y así como el duque de Baviera no se había interesado por los sajones, tampoco se interesaron éstos por la suerte de los bávaros. Aquellas terribles guerras eran, aunque nadie lo sospechara, la génesis de Alemania.

Sin embargo, la Sajonia no estaba bien sometida; en efecto, en 793, en el momento en que se apercebía para la guerra contra los avaros, supo Carlos que las tropas que le llevaba el conde Teodorico habían sido destrozadas por los sajones en ocasión en que pasaban el Weser y que los rebeldes habían destruido iglesias, asesinado á sacerdotes y restablecido los ídolos. Entonces el rey recorrió nuevamente con sus ejércitos, durante cinco años (794-799), la Sajonia, desde las selvas del Sur hasta los pantanos del Norte. En noviembre de 797, después de una campaña de verano, se estableció en Herstelle, á orillas del Weser, y en 799 celebróse asamblea general en Paderborn. A su regreso de cada expedición traía Carlos consigo hombres, mujeres y niños á quienes daba tierras en Francia, repartiendo, en cambio, las de ellos entre sus fieles; de este modo aumentó la población de ciertos cantones. En 804 fueron deportados de la Wigmodia y de la Nordalbingia diez mil hombres cuyos bienes se distribuyeron entre los eslavos obodritas que habían sido leales auxiliares de Carlomagno porque estaban en guerra perpetua con sus vecinos germánicos.

Según un escritor de tiempos posteriores, Carlos convocó en Salz, en 803, á la nobleza sajona para firmar con ella una paz eterna; pero en realidad no hubo tratado alguno de este género, sino que la resistencia de los sajones cesó cuando sus fuerzas quedaron agotadas y sus últimos paganos se hubieron convertido. Entonces, desde el Elba hasta el Océano Atlántico no hubo más «que un solo pueblo,» unido bajo el mismo soberano y por la misma religión.

IV.—Organización de los países conquistados (1)

La leyenda se apoderó de las guerras de Italia y de Sajonia, y durante mucho tiempo conservó el recuerdo «del hombre de hierro ante el cual las mieses se agitaban horrorizadas en los campos y los ríos se desbordaban, en tanto que los traidores, como Ogier el Danés (Autcario), se escondían espantados en las entrañas de la tierra.» La conquista de Italia y la de Sajonia son, con la de la Aquitania por Pipino, las tres grandes obras militares carlovingias. Pero Carlomagno, después de haber conquistado, sabía organizar, y si en la guerra fué terrible, en Sajonia sobre todo, una vez concluida la lucha, trató á los vencidos con una generosidad que fué una gran habilidad política, dejándoles sus costumbres y sus leyes, muchas de las cuales mandó compilar y con motivo de ello corregir. Al mismo tiempo introducía entre ellos las instituciones del reino, la división en condados con su jerarquía de funcionarios, condes, vizcondes, vicarios, centuriones y deceneros.

Hasta en Sajonia tuvo Carlos partidarios entre los nobles; los que se adherían á él y cumplían sus juramentos eran recompensados; ejemplo de ello, Hessi el Ostfalo, «á quien colmó de honores porque se había mostrado fiel en todo» y que murió siendo monje de la abadía de Fulda. Con «sus fieles sajones,» como les llama, comenzó la organización del país en una asamblea reunida en 780 en las fuentes del Lippe, encargando «á los más nobles de la raza sajona» la ejecución de

(1) La misma bibliografía que para los párrafos II y III.

las decisiones adoptadas. La capitular de 28 de octubre de 797 (*capitulare saxonicum*), elaborada en Aquisgrán con los representantes de los westfalios, de los angarios y de los ostfalios, abolió la pena de muerte en la mayoría de los casos en que antes se imponía, substituyéndola por las tasas de composición usadas entre los francos, y conservó la división en tres clases, que se distinguían por la diferencia de wergeld. La ley de los sajones, en su última forma, es, según parece, algo posterior.

El rey había dejado á los vencidos sus leyes, pero no les había permitido conservar sus ídolos. Durante las campañas, los misioneros habían ido con los soldados, las abadías habíanse alzado al lado de las fortalezas, y los límites de los obispados habíanse establecido de conformidad con los de los condados. Así se fundaron en tiempo de Carlomagno y de su hijo Ludovico Pío



Moneda del papa Adriano I

las sedes episcopales de Osnabruck, Munster, Verden, Brema, Paderborn, Minden, Halberstadt é Hildesheim, alrededor de las cuales nacerán ciudades. Esta organización de la nación sajona preparaba los destinos de la Alemania de la Edad media, en la que la Sajonia de los Otones desempeñará un papel tan importante.

También en Italia «suavizó Carlomagno su victoria con una clemente y rara moderación,» según frase de uno de los mismos vencidos, el lombardo Warnefrido (Pablo el Diácono), habiendo persistido en esta política, á pesar de las observaciones del papa que la consideraba peligrosa, y dando en 780 una gran satisfacción á los lombardos. Después de haber pasado el invierno en el Norte de Italia, dirigióse á Roma para celebrar la Pascua, y en 15 de abril de 781, á petición suya, Adriano bautizó y consagró á su segundo hijo Pipino, que contaba cuatro años y que será rey de Italia, en donde tendrá su corte y su cancillería, promulgará capitulares y firmará diplomas. Al lado de este niño estarán como consejeros Adalardo, que censuró la repudiación de Deseada, y Angilberto. La prudencia de Carlomagno obtuvo su recompensa, pues Italia permaneció tranquila.

Bien tratada fué asimismo la Aquitania, cuyo territorio había sido dividido en 778 en quince condados, y en donde fueron llamados á desempeñar los nuevos cargos los aquitanos conjuntamente con los francos. El mismo año nació en Cassinogilum (quizás Casseuil-sur-Garonne) Luis, tercer hijo de Carlomagno, que con el tiempo será el emperador Ludovico Pío y que, consagrado por el papa en 781, fué nombrado rey de los aquitanos. Este monarca, de tres años, fué revestido en Orleans de una armadura y subido á un caballo, é hizo su entrada en su reino «á la gracia de Dios.» Algunos años después, Carlos le hizo vestir el traje vasco, consistente en sobretodo redondo, camisa de anchas mangas, espuelas atadas á las botas y jabalina.

Bien es verdad que muchos señores francos se por-

taron en Aquitania como en país conquistado y usurparon propiedades pertenecientes al Estado. Cuéntase que un día Carlos preguntó á su hijo «cómo, siendo rey, era tan pobre que no podía dar nada, ni siquiera su bendición si no se la pedían,» y entonces Luis le enteró de que «los nobles, descuidando el bien público para atender á sus intereses particulares, se habían apropiado de los bienes del fisco, de manera que él, señor sólo de nombre, se encontraba poco menos que en la indigencia.» Dos *missi*, enviados para reprimir estos abusos, hicieron restituir las *villas* usurpadas; los impuestos disminuyeron y «los asuntos del reino de Aquitania de tal modo mejoraban, dice un biógrafo de Luis, que no se oía á nadie quejarse de una injusticia lo mismo cuando el rey estaba ausente que cuando residía en su palacio. En efecto, durante tres días á la semana el rey administraba justicia al pueblo.»

V.—Las guerras en las fronteras (1)

A medida que el reino franco se ensanchaba, ponía en contacto con nuevos pueblos. La ocupación de la Aquitania le puso en relaciones inmediatas con la España musulmana; la de Baviera con los avaros acampados en la llanura de la Pannonia (la actual Hungría); y la de Sajonia con los eslavos de la orilla derecha del Elba y del Saale y con los daneses establecidos al Norte del Eider. Todos estos pueblos eran enemigos de los francos, porque eran infieles y paganos; y la misión de Carlomagno, conquistador cristiano, no tenía límites: este monarca estaba obligado á someter al mundo.

A todos estos vecinos hízoles la guerra sin descanso, unas veces defendiéndose y otras atacando. Transportaba sus ejércitos de un extremo á otro de sus Estados con rapidez increíble y sus expediciones asombran por su número, por la duración de muchas de ellas y por las dificultades vencidas. A menudo confió la dirección de las tropas á sus hijos ó á sus generales, esos valientes convertidos en héroes por la epopeya: Guillermo de Tolosa, Erico de Friul, Geroldo de Baviera, el conde Teodorico y Rolando.

Después de la batalla de Poitiers habíase producido una revolución en el mundo árabe: los Omníadas habían sido expulsados de Bagdad por los Abbásidas, y uno de ellos, Abd el-Rhamán ben Muaya, se refugió en Europa, fundando en 755 el califato de Córdoba. Estos acontecimientos favorecieron el espíritu de independencia de los emires del Norte de España, y ya no fueron solos los habitantes cristianos de la península los que solicitaron la ayuda de Carlos, sino que en 777 el emir de Zaragoza, Solimán el-Arabi, presentóse en Paderborn «y abandonó al rey las ciudades que gobernaba.» En la primavera del año siguiente, Carlos, después de haber celebrado las fiestas de Pascua en Caseuil, atravesó con una parte de sus tropas los desfiladeros del

(1) Además de las fuentes generales indicadas anteriormente, consúltense, respecto de las guerras de España, la *Vie de l'empe-reur Louis*, por el autor llamado el Astrónomo, y el poema de Ermold el Negro en honor de este emperador, en los *Monumenta Germanie historica, Scriptores*, tomo II, en folio, y *Poeta latini*, tomo II, en 4.º Véanse también Hofmann, *Caroli expeditio hispanica*, 1871; Wehmann, *Karl der Grosse und die Wiltzen*; Lavisse, *La Marche de Brandebourg*, 1875; y Lipp, *Die Marken des Frankenreiches unter Karl dem Grossen*, 1892.

país vasco, mientras otro ejército, formado con contingentes de Borgoña, de Austrasia, de Baviera, de Provenza, de Septimania y de Lombardía, pasaba por los Pirineos orientales. Pamplona, Huesca y Gerona cayeron en poder de los francos y Carlos llegó delante de Zaragoza, «la principal ciudad de aquellas regiones,» pero no pudo tomarla, á pesar de haber reunido contra ella todas sus fuerzas. Los escritores francos hablan de una retirada que los musulmanes compraron á fuerza de oro; en cambio los historiadores árabes dicen que el rey fué vencido. Carlos destruyó las murallas de Pamplona, y reuniendo sus dos ejércitos, emprendió de nuevo la marcha hacia el Norte.

El ejército franco, formando una extensa fila, había penetrado en las montañas de la Vasconia, cuyas vertientes y cuyas cimas estaban en ambos lados cubiertas de bosques, y en las cuales se habían escondido los vascos del Sur de los Pirineos. El 15 de agosto de 778, después de haber pasado el grueso del ejército, los vascos se arrojaron sobre la retaguardia, dando muerte á todos los francos. «En este combate perecieron Eggiardo, preboste de la mesa del rey, el conde palatino Anselmo y Hroland, prefecto de la marca de Bretaña, con otros muchos:» esta es la única mención histórica que encontramos de Rolando, el supuesto sobrino de Carlomagno (2). Aquel combate de Roncesvalles (nombre que le ha dado la tradición) no fué una gran batalla, como tampoco lo fué la de Suintal; pero la imaginación popular dióle grandes proporciones; muy pronto todos los labios dijeron el número de los muertos, y la canción propagó por toda la cristiandad el recuerdo de aquella jornada, en la cual los francos lucharon contra tantos enemigos que «*Unc mais nul hum en terre n'en vit plus*» (jamás vió más un hombre en la tierra).

«No hubo medio de vengar aquel desastre, dice Eginardo, porque después de su golpe de mano, el enemigo se dispersó tan bien, que no pudo obtenerse informe alguno acerca de los lugares en donde habría sido preciso buscarle.» De las conquistas hechas en España nada quedó, á excepción, tal vez, de Gerona. Entonces los sarracenos tomaron la ofensiva: muerto Abd el-Rhamán en 7 de octubre de 788, su hijo Hescham resolvió conquistar la Septimania, proclamando al efecto el «algihad» ó guerra santa: «¡Dios ha realzado las glorias del Islam con la espada de los campeones de la fe! ¡En su libro sagrado ha prometido á los fieles una ayuda y una victoria brillante!» En 793, un musulmán, Abd el-Malec, invade las Galias é incendia los arrabales de Narbona; los árabes dirígense contra Carasona, y el duque de Tolosa, Guillermo, trata de detenerlos. Era éste un príncipe valeroso y devoto, de quien la Iglesia ha hecho un santo, Guillermo de Gelone, y la epopeya un bravo, Guillermo *el de la Nariz corta*. Trabado el combate á orillas del Orbieu, afluente del Oder, Guillermo fué vencido y los musulmanes regresaron á su país, llevando numerosos cautivos y un rico botín.

Hescham murió en 796 y el califato de Córdoba vióse perturbado por discordias que permitieron á Carlomagno reconquistar el terreno perdido. La creación

(2) Sin embargo, encuéntrase también el nombre de Rolando en una medalla de Carlomagno.

del reino de Aquitania había sido una medida á la vez de buena administración y de defensa militar, pues este gobierno, inmediato al enemigo, vigilaba la frontera, dispuesto siempre á aprovecharse de las ocasiones. Los aquitanos rara vez fueron llamados á tomar parte en otras guerras; su misión consistía en luchar contra los musulmanes. Cuando Haschem hubo sucedido á su padre, Hescham, sus tíos, Abdalah y Solimán, se declararon contra él y solicitaron la intervención de Carlomagno. Abdalah, que había ido á Aquisgrán, regresó de allí acompañado de Luis, rey de Aquitania; Vich, Gerona, Caserras y otras plazas situadas en la boca de los Pirineos orientales fueron ocupadas por los francos y puestas bajo la autoridad de un conde, habiendo sido el origen de la marca de España, que completaron nuevas anexiones, de las que las principales fueron la de Lérica en 800 y la de Barcelona en 801. Tres ejércitos avanzaron contra esta última ciudad, que se rindió, después que Guillermo de Tolosa hubo derrotado á las tropas enviadas en socorro de la misma por el califa de Córdoba. Navarra y Pamplona fueron ocupadas; la posesión de las islas Baleares fué disputada á los sarracenos, y Tortosa fué tomada en 811 después de haber resistido dos sitios.

En octubre de 810, los emisarios de Haschem se presentaron en Aquisgrán para firmar la paz. El tratado, renovado en 812 y cuyo texto no ha llegado hasta nosotros, reconocía probablemente la existencia de la marca de España, la cual estaba limitada al Sur por una línea paralela á los Pirineos, que iba desde Barcelona hasta el Océano Atlántico y comprendía Navarra y Pamplona. La acción de esta marca, sin embargo, extendíase hasta el Ebro. De este modo retrocedieron por este lado los límites de la cristiandad.

Los avaros no cesaban de atacar la frontera Este del reino, y en 788, el mismo año en que Carlomagno sometió la Baviera, invadieron este país y el Friul. Carlomagno marchóse á Ratisbona para ver «cómo podría proteger el territorio y las marcas de Baviera contra los avaros;» primeramente se entablaron negociaciones y los avaros enviaron diputados á la asamblea que en 790 se celebró en Worms. Al año siguiente, Carlomagno convocó su ejército en Ratisbona, «y después de haberse allí aconsejado de los francos, de los sajones y de los frisones, resolvió atacar á los avaros á causa de los males excesivos é intolerables que habían hecho sufrir á la Iglesia ó al pueblo cristiano, sin que fuera posible obtener de ellos ninguna justicia.» La guerra duró ocho años, y, según testimonio de Eginardo, fué «la más grande de cuantas sostuvo Carlomagno, excepción hecha de la de Sajonia, habiéndola realizado el rey con más vigor y con fuerzas más numerosas que ninguna otra.»

El rey en persona dirigió la primera expedición. Los sajones y los frisones, á las órdenes del conde Teodorico y del camarero Maganfredo, siguieron la orilla izquierda del Danubio, y Carlos con los francos la derecha; los víveres fueron conducidos por el río en barcas. El ejército, al llegar á orillas del Enns, detúvose tres días para rezar, y en 8 de septiembre pasó la frontera. El enemigo, que se había retirado detrás de las alturas de Cumeoberg y al otro lado del Kamp, abandonó sus

posiciones sin combatir y los francos avanzaron hasta la confluencia del Raab y del Danubio, devastando á su paso los territorios, y regresaron después que una epidemia les hubo matado las nueve décimas partes de sus caballos. A su vez Pipino de Italia había penetrado en Pannonia por el Sur y asolado una parte de aquel país.

Carlomagno, ocupado en la última guerra contra los sajones, no volvió á parecer por el país de los avaros y «confió el cuidado de las demás guerras á su hijo Pipino, á gobernadores de provincia, condes y lugartenientes.» Entre estos personajes, los más célebres son Erico y Geroldo, que tenían á su cargo la defensa de Friul y de Baviera respectivamente y que se aprovecharon de las disensiones que reinaban entre sus enemigos. El khan, nombre que á su príncipe daban los avaros, había sido muerto por los suyos, y uno de sus caudillos, Tudún, hacía decir á Carlos «que quería entregarse á él con su tierra y con su pueblo y recibir la fe cristiana por su mediación.» En 795 Erico atacó el «Ring.»

Era éste un campo inmenso, de forma circular, rodeado de nueve murallas concéntricas, de veinte pies de altura y otros tantos de espesor cada una, construidas de troncos y piedras y cubiertas de césped, con muy pocas y estrechas puertas. Los espacios que separaban los diversos recintos amurallados se estrechaban progresivamente hasta el centro en donde se alzaba la morada del khan, y en ellos estaban tan cerca unos de otros los burgos y las aldeas que la voz humana emitida en uno se oía en todos los demás. Erico forzó la entrada del Ring y los francos arrebataron los tesoros que en él se encerraban, enviándolos á Aquisgrán. Carlomagno dió una parte de ellos al papa y distribuyó el resto entre sus servidores fieles. Al año siguiente Tudún recibió el bautismo y Pipino regresó al Ring, en donde todavía encontró oro, plata, joyas, telas y vasos sagrados que habían sido robados á las iglesias y á los monasterios, siendo celebrada su victoria en un poema que ha llegado hasta nosotros. «Te abandono, dice el khan, mi reino con sus hierbas y sus hojas, con los bosques, las montañas, las colinas y cuanto produce.» Y termina el poeta exclamando: «¡Gloria eterna al Padre y gloria eterna al Hijo!»

En 799 estalló una sublevación de los avaros en la que fué asesinado Geroldo, al mismo tiempo que Erico sucumbía en una emboscada preparada por los habitantes de Thersatto en Liburnia; pero los sublevados, rechazados por los eslavos, pidieron la protección de Carlomagno y en 809 reconocieron su soberanía. «La despoblación completa de la Pannonia, en donde no ha quedado un solo habitante, y la soledad en el sitio en donde se alzaba la vivienda del Khakhán atestiguan, dice un contemporáneo, cuántas batallas se libraron y cuánta sangre se derramó. En aquella guerra pereció toda la nobleza de los hunos y quedaron destruidos todos los tesoros acumulados durante tantos siglos.»

Los eslavos (1) estaban en lucha continua con los sajones, así es que cuando Carlomagno hubo conquistado la Sajonia vióse obligado á protegerla contra los

(1) Respecto de la geografía de los eslavos, véase anteriormente, pág. 305.